

Las mieses del olvido

... Prometo serte fiel, amarte, cuidarte y respetarte, en lo bueno y en lo malo, en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad, todos los días de mi vida...

Lucía se va a casar con su novio de toda la vida. Ella es la niña de mis ojos, la razón de mi existencia, mi nieta.

Heredera, no de fincas ni de joyas... ¡que no tengo ninguna! pero sí de mis posesiones de juventud ...mi larga melena ondulada, tez sonrosada, preciosos ojos verdes y ese carácter alegre que, lamentablemente, el tiempo y las vivencias, me han hecho perder.

Los padres de Lucía murieron, siendo ella aún una cría, en un trágico accidente, cuando viajaban a la vendimia de Francia. Desde entonces vive conmigo.

Está como loca con los preparativos de la boda, bueno... ¡y yo también!!

Cuando empecé a llevarme bien con las pesetas... ¡nos metieron con calzas los malditos "uros"! ... ¡la madre que los parió!... Yo los llamo "perrillas" que me gusta más.

Llevo años ahorrando las perrillas que me da de vuelta cada día el panadero, para cuando llegara este momento y así, regalarle el mejor vestido de novia que cualquier joven desearía...

¡¡Ay!!... Recuerdo cuando me casé con mi Manué, Dios lo tenga en su gloria... o dónde deba...

Apenas tenía 17 añitos... eran otros tiempos... a duras penas, mi madre, pudo arreglarme un vestido de novia de una prima suya de Barcelona. Ella era más bajita que yo y tuvieron que añadirle a la falda una cuarta de organza que le compramos a una gitana, amiga de la familia, que vendía retales a muy buen precio en el barrio de la Magdalena.

Ah! ¡Que no me he presentado!

Soy Mariana, una joven de apenas 80 primaveras. ¡¡Si si!! Habéis leído bien... ¡joven! Y... viuda... AMÉN ...

Nací el 24 de marzo de 1941, en la tierra del oro líquido, Jaén. Criada en el seno de una familia humilde, rodeada por siete hermanos mayores.

Los años, por desgracia, intentan ganarme la batalla tiñendo mis sienes, nublando mis ojos y arrugando mis temblorosas manos, pero por ahora... ¡no lo van a conseguir!

Nunca fui a la escuela, porque mi padre me puso a servir desde que era una mocosuela en la casa de Doña Paquita. Allí conocí a un joven que trabajaba arreglando los aperos de las bestias, mi Manué.

Joven, apuesto, morenazo de ojos negros como aceitunas y con "buena percha"... no sé si era de la de colgar el "porte" o la chamarra que tenía de piel y lana, más antigua que el hilo negro.

Lo cierto es que me enamoré locamente de él y él, a su manera, también de mí... o eso decía...

Lucía se ha empeñado en que la acompañe a elegir el vestido de novia. ¡Qué sabré yo de modas ni historias de esas!

El caso es que fui con ella y con sus amigas. Divina juventud...

El primer vestido que se probó nos dejó, como se dice en mi pueblo, "cuajaos".

¡Le quedaba que parecía hecho a medida! Pero Lucía dijo que tenía demasiado escote y era demasiado ceñido. Que a su novio no le gustaría. En fin, que se probó otros tantos hasta que eligió uno más "decente", de corte princesa, que curiosamente me recordaba al de mi prima de Barcelona.

Dejé de trabajar en la casa de Doña Paquita. Mi Manué decía que estando casada ya no tenía que trabajar más. ¡Que no me iba a faltar de ná!

Justo a los nueve meses de casarme, nace mi única hija, de nombre como mi nieta, Lucía. La llamé así porque nació con los primeros rayos del día y sería su luz la que guiaría mis pasos por la vida.

Cuánta verdad me dijo mi Manué, no me faltaría na, ¡porque de ná tenía!

Hasta para comprar leche tenía que pedirle dinero. No digo que no me lo diera, que sí, pero a la vuelta del mandao tenía que rendirle cuentas... dónde... cuánto... qué...

En fin...por mi gusto, Lucía no se casaba hasta que terminara la carrera. Está estudiando para maestra de escuela.

Pero su novio se ha empeñado en que tiene que ser este año. ¡Ya ves!, los jóvenes de hoy en día hacen lo que quieren y yo, que nunca he sido metijona, pues... a callar.

Yo era la octava hija en una familia de varones, ¡de santos varones..!

Inmersa siempre en un cerro de calcetines por zurcir, de calzones poco deseables y mugrientas guayaveras, haciendo insoportable en invierno, el dolor de los sabañones de mis manos...

Pensé que casándome huiría de mi pesada cruz, sin llegar a imaginar que, mis huesos, encontrarían una mayor.

No sé dónde irán de viaje de novios. A mi nieta le gustaría ir a los Firdos o Ferdos o Fiordos Noruegos, o algo así me ha dicho. Pero su novio dice que mejor se quedan por aquí cerquita y ese dinero lo invierten en un máster que él quiere hacer.

Mi Manué y yo nos fuimos de viaje de novios a Murcia, a la casa de una tía suya. Como estaban en época de recogida de los tomates, pues aprovechamos y echamos unos días a destajo con ellos. Aún me chirrían los riñones, sólo de pensar que con las perrillas que ganamos, se compró una escopeta y un zurrón. ¡Claro está! Para mi plancha de carbón ya no quedaba...

Mis años de matrimonio no fueron ningún camino de rosas. ¡Bueno sí! De rosas con espinas, con muchas espinas...

Mi Manué, aventado por el vino peleón con el que adobaba su estómago cada día, me hizo la vida muy difícil. La mano la sacaba a pasear cuando quería y, curiosamente, siempre encontraba mi cara. Algunas voces cercanas me decían...algo habrás hecho...(qué buena fue mi "santa" suegra...)

Cuando mi marido cumplió los 59 años, empezó a tener lagunas mentales. El practicante del pueblo, que sabía de todo, nos dijo que era una enfermedad degenerativa y que como era muy joven, posiblemente, avanzaría muy rápido.

Fueron los peores años de mi vida. La agresividad fue en aumento. La desconfianza y los celos enfermizos hacían insoportable la convivencia. Yo sólo le pedía a Dios que... o se lo llevara a él o que hiciera una buena obra conmigo..

En apenas 5 años, mi Manué perdió toda la conciencia posible. Empecé a criar de nuevo a un niño, con canas, pero un niño.

Después de comprar el vestido de novia, Lucía me invitó a comer al restaurante de moda de un amigo suyo de la infancia. Al sentarnos a la mesa, el camarero me dice...tome usted señora, la carta.

¡Que carta ni qué porras! ¡quién me va a escribir a mi, si no me conocéis!

El camarero no pudo aguantar la risa y sonrojado me contestó..."señora...le recomiendo el solomillo de cerdo ibérico al Pedro Ximénez".

¿El tal Pedro Ximénez es tu amigo? Le pregunté a Lucía.

Con una carcajada me respondió...¡no abuela! Es el vino con el que está regado el solomillo.

¡Pues a mi que me lo dejen de seco! le contesté al camarero. Que de vino... terminé bien harta.

Las papillas empezaron a ser el menú de mi casa. Mi Manué había olvidado hasta cómo masticar.

Los domingos, después de afeitarlo y asearlo, de bañarlo en agua fresca de Colonia, lo repeinaba, lo arreglaba y nos sentábamos juntos a escuchar la misa que retransmitían por la tele. Él dejaba la mirada perdida a través de la ventana del comedor. Y yo llamaba su atención...¡Manué, Manué! ¿Qué quieres hoy de comer?...entonces él me devolvía la mirada, sujetaba suavemente mis manos y me decía..."qué guapa eres".

Aunque suene extraño decirlo...yo quería a ese Manué. El que había perdido la memoria, el que me miraba cómo si yo fuera su mundo, el que ni siquiera recordaba su nombre y con el que bailaba en la cocina cuando escuchamos por el viejo transistor el bolero de Armando Manzanero..."Somos novios..."

Hace unos años aprendí a leer y escribir en una escuela para mayores o...¿Como creéis que os estoy escribiendo estas cuatro letras?

Ochenta años, ¡sí! ¡Pero de espíritu joven! Saqué la mejor nota en el examen de escritura. ¡Madre de mi vida! ¡cuántas cosas me he perdido!

Mi artrosis y mis temblores me impiden viajar por esos mundos de Dios, pero he descubierto que los libros me llevan a conocer personajes fantásticos y lugares recónditos jamás imaginados.

Mi Manué murió entre mis brazos. En su agonía y en un haz de lucidez, me agarró la mano y antes de su último suspiro, susurrando me dijo..."Mariana...perdóname".

Murió muy joven, pero esa juventud hizo que yo empezara a vivir la mía.

Mi nieta siempre me dice...abuela que suerte tuvisteis el abuelo y tú.

Os queráis mucho, ¿verdad?

¡Ojalá y yo sea tan feliz como vosotros!

No hija, le digo sin desvelar mi pasado ...¡mucho más que yo!

Su olvido me devolvió mi vida y su agonía a recordarle el daño que me había hecho. Llevaba tanto tiempo huyendo conmigo y de mí, que había olvidado que de nadie somos y a nadie pertenecemos.

Abuela...mi novio dice que si consigue trabajo en el bufete de abogados del prestigioso Indo Luris , que no hace falta que yo siga estudiando, que junto a él no me va a faltar de nada.

¿Qué consejo me darías?...

Hija mía de mi vida...no te cases con él.